Había producido una obra genial!

Será cierto, mi señora Ismenia, que para vencer, los artistas, tienen siempre que sacrificar impíamente á la musa que los hace creadores y fuertes....?

Será cierto que por un siniestro fatalismo, el dolor acerbo ó el horripilante crimen serán perennemente la moneda con que compren su gloria los apasionados de la belleza invicta.....?

Me hace daño la risa que te causa la historieta, pero, ríe mucho; cuando las mujeres bonitas ríen hasta ajar las blondas del corpiño ó romper el varillaje del corsé, las pesadumbres y las tristezas emigran, como los pájaros nocturnos cuando la albirrubia mañana destiñe sus fuchinas en los pálidos orientes....

---

## La crisis.

A José María Ochoa.

La señorita Abigail hizo un gesto de cólera y con el semblante enrojecido por las copiosas lágrimas que vertía, entró á su alcoba, sentóse al borde del lecho y estrujando el pañuelo con las manos:

—¡Pues sí, aunque te enojes, lo quiero!

—Es un cualquiera.

—¡No me importa!

El señor Valenzuela, tembloroso y demudado, haciendo ademanes melodramáticos y protestando á regañadientes, dejóse caer medio muerto en la butaca.

—¡La chiquilla!

Y ante lo irremediable se atarantaba; no, no podía comprender el intempestivo arrebato de esa colegiala que siempre obedeció sus mandatos con los ojos bajos: como á una evocación fatídica, aparecía ante su cansada retina el cuadro triste y monótono del pasado: novela vul-

gar, sin peripecias, desarrollada con lentitud desesperante en medio de las exigencias de una labor estúpida, la del burgués que pone á contribución sus mediocres energías por acumular monedas y llegar á alcanzar un bienestar. Después de embrutecerse veinte años tras el mostrador, comerciando en alhajuelas de miriñaque y perlas de vidrio azogado, era al fin dueño de un capitalillo cuya cifra hacía las veces de tarjeta de visita en los salones de la aristocracia del dinero, á la que por derecho de rico frecuentaba.

El desahogo de su posición le permitía vestir á Abigail como una duquesa de Saint Germain; con su orgullete de palurdo enriquecido, veíala cortejada por toda la garzonia del gran tono, y con su astucia de villano testaturado sabía ponerla siempre á cubierto de las asechanzas de los cazadores de dotes.

Llegaba á la senectud sin lamentarse de la existencia, gozando en lo muy interno con la filial solicitud de esa adorable compañera que le había sido otorgada por el destino como una recompensa de los tiempos malos, y de improviso, cuando nada faltaba á su dicha, un extraño, un nadie, venía de la calle y sin preámbulos le arrebataba el corazón de su bien amada niña.

¿Era eso justo?

Aviejarse bajo el yugo del trabajo, fabricar



una alma piadosa y buena, cultivarla como planta de invernáculo, edificar con paciencia de hormiga la torre blanca de la felicidad, y, cuando después de copiosos sudores y prolijos afanes se levantaba airoso el monumento, llegaba un novio petimetre, con su florecilla en el ojal, y sin preámbulos, á título de candidato á matrimonio, se llevaba impunemente la postrera alegría del viejo laborioso.... ¡Ah!.... El ladrón no tenía respetos que coartasen el logro de sus fines, pero ella, ella, la voluntaria y dócil cómplice de sus manejos por qué desconocía los vínculos de la sangre de tal modo?.... ¡Ingratitud sin ejemplo. Descastarse, renegar de un padre bueno y amoroso por el primer zascandil que llega, entregarse á trueque de unas cuantas epístolas eróticas, olvidar así los sacrificios y desvelos de un pobre homre, valetudinario casi, que apresuró su ancianidad trabajando rudamente, y por ella perdió la salud y el vigor, por ella, sí, por ella sólo! No. Su enemigo, el intruso, tenía irremisiblemente que sucumbir; él, Valenzuela, viejo y todo, sentía surgir arrogante y vivo el valor que creía perdido ya completamente. Aún estaba vigoroso y bravo. Pelearía como un león mutilado. ¡Hasta vencer ó estrellarse! Ah! Si él pudiese matar, con qué indecible placer precipitaría en la fosa al seductor....!

Sus lívidos labios se arrugaron en las comisu-

ras por amarga sonrisa. Frente á sus pupilas inyectadas volatineaba la silueta esbozada y reidora del rival, su boca balbuciente por la rabia contenida, se ahogaba en un vómito de vocablos insolentes, sus instintos malvados despertaban con ímpetus de bestia, el odio, el siniestro demonio, hacía correr veneno por sus arterias y el deseo de la venganza se apoderaba instantáneamente de sus potencias.

¡Aniquilarle!.... ¡Humillarle!....

Para qué si ella lo quería?

Esa reflexión lo avergonzaba.

Aquellos seres estaban realmente vinculados por los fortísimos ligamentos de un cariño?

Atormentando uno perecerían los dos?

Entonces, él era un pobre iluso, un maniático que en su insana obsecación hacía sufrir á dos amantes acreedores á la ventura.

Padeciendo su hija podría él experimentar placer alguno?

Muerta ella, él viviría?

Debía consentir, lo ordenaba el deber, la tranquilidad de todos, la moral, la religión, la sociedad.

—¡Consentir!

Y volvía más tenaz y obsesora su primera idea.

¡Un hortera que ni siquiera disculpaba su osadía con un talego repleto de monedas, un polichinela que paseaba su insolente y minúscula personalidad por las baldosas de la calle, un sietemesino que osaba sobornar lacayos, mientras él, Valenzuela, que fué siempre bueno y nunca dañó á nadie, se transformaba en un malvado y urdía proyectos monstruosos, y blasfemaba, contorsionándose, para sacudir esas pasiones que como manojo de víboras bravas lo mordisqueaban por doquiera....? Y de un afecto paternal, santo y lleno de abnegaciones, nacían aquellas rebeliones tan mezquinas?..... ¡Misterio!..... ¡Arcano!.... Transigir?.... ¡Nunca!.... Entonces se casarían, se irían muy lejos, perdería las carantoñas de su Abigail, caminaría solo y sin apoyo por los barrios y paseos. Serían ellos felices! Ellos! Y él, el poseedor legítimo y absoluto del talismán disputado, quedaba en el olvido, solo, y moriría de tristeza y de abandono.



¡Eso no!.... ¡Jamás.... ¡Jamás!

¿Qué voz era aquella que con zumbido de cigarra murmuraba así á su oído:

—¡Hombre al fin! Por la ley atávica de tu linaje eres cobarde, incrédulo y tacaño. No puedes desprenderte del barro de la tierra. Los escarabajos que brotan del humeante estercolero sólo saben redondear bolas de excremento para rodarlas después hasta morir. Es su suerte. No intentes dignificar tus miserias: las pasiones humanas, cuando redundan de sus fuentes, no pue-

de ennoblecerlas ningún título, ni el de padre, que es augusto por el tributo que á natura rinde. Interroga á tu conciencia y díme: Tu empeño por ser el exclusivo afecto de esa pobre Abigail no es idéntico al del odioso avaro que guarda en lóbrega cueva su tesoro? No es el amor que santifica y redime, la nota acordada al himno universal, el sentimiento que te conturba, sino el yo, el bien propio, el egoísmo, un egoísmo feroz: quieres conservarla porque la necesitas: en tu infame desvarío intentas sacrificar dos juventudes, por satisfacer un antojo loco y vil..... horrendamente vil! Obstruyes el natural desenvolvimiento de un impulso que es sagrado, violas leyes morales, preceptos religiosos, fueros de la sociedad que temes, de la familia que has creado, por el culto á sí propio, por adoración á tí mismo, por egoísta, por idiota!.... ¿Pretendes hacer de esa criatura una solterona camandulera y deslenguada?.... ¿La hermana de la caridad que cuide tus achaques y amortaje tu cuerpo de hemiplégico?. .. ¿Con qué derecho das muerte súbita á las más opulentas floraciones de su juvenilia, impidiéndole que sea buena esposa y madre buena?.... ¿Eso es amor?.... ¡Sacrilegio!..... Sembraste la planta, vivió y creció, y al aproximarse á la estación exúbera, cuando espolvoreados de sol brotan los botones, tronchas el tallo impidiendo que floreen!.... y todo porque el perfume de esos pétalos daña tu olfato porcino..... dí, insigne presuntuoso, en qué código se castiga tan nefando delito?



¡Drama sin solución! Misteriosa é interminable cadena, eslabonada con lo bajo y lo sublime!

Volvía el problema á su punto de partida, robustecido en su sarcarmo, más cruel, más implacable, más abstruso.

El señor Valenzuela cayó en una de esas torvas meditaciones que enlobreguecen el espíritu con las tinieblas del Erebo ó lo alumbran con las claridades del Empíreo.

---